

Diálogo entre autores

Adriana Alfaro Altamirano y Humberto Beck

Humberto Beck, *The Moment of Rupture: Historical Consciousness in Interwar German Thought*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2019, 232 pp.

Por Adriana Alfaro Altamirano*

Mi profesor Patrick Riley solía decir que la teología es en realidad teoría política “elevada a una potencia más alta”. La idea es que los debates teológicos despliegan, en el fondo, una serie de discusiones políticas sobre el significado de la autoridad y la libertad, la obligación y la autonomía, la comunidad y la individualidad. En ese sentido, la teología es siempre teología política. De ahí, que no deba sorprendernos que la “tríada de Weimar”, formada por Ernst Jünger, Ernst Bloch y Walter Benjamin, con sus respectivos “encuentros con lo efímero”, den cuenta, como menciona Humberto Beck en su libro *The Moment of Rupture: Historical Consciousness in Interwar German Thought* (2019), de una transformación de la experiencia religiosa en la modernidad (p. 161).

Me explico. En su libro, Beck traza la fascinante historia intelectual (de Goethe a Weimar) de “el instante” como forma de experimentar el tiempo. El instante —la experiencia de lo repentino, lo súbito, lo nuevo o inesperado, aquello que irrumpe el flujo continuo del tiempo—, nos dice Beck, “porta las características de una forma de trascendencia”. Por eso, el “instantaneísmo” —ese esfuerzo por descifrar el significado de lo efímero— constituye, dice el autor, una especie de “reencantamiento de la temporalidad moderna” (p. 161).

* **Adriana Alfaro Altamirano** es profesora de tiempo completo en el Departamento de Ciencia Política en el ITAM e investigadora en residencia en el Centro de Ética Edmond & Lily Safra de la Universidad de Harvard para la iniciativa sobre conversación cívica (Civil Discourse Initiative), durante el periodo 2024-2025. Río Hondo 1, Colonia Progreso Tizapán, 01080, Álvaro Obregón, Ciudad de México. Tel: 55 5628 4000, ext. 3771. Correo-e: adriana.alfaro@itam.mx. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0681-0966>.

Recibido el 4 de julio de 2024 y aceptado para su publicación el 9 de agosto de 2024.

Lo que me gustaría proponer aquí es que la experiencia de la temporalidad que nos ofrece “la tríada de Weimar” constituye una especie de “teología del tiempo” que, siguiendo a Riley, contiene en realidad una serie de consideraciones antropológico-políticas sobre quiénes somos, quiénes queremos ser y cómo nos relacionamos unos con otros. Dicho de otro modo, en su intento por descifrar el tiempo, estos autores nos ofrecen, en el fondo, una reflexión sostenida sobre los seres humanos y su vida en común.

Para interpretar esta teología del instante “en clave política”, me gustaría compararla aquí con el tratamiento del tiempo que encontramos en Henri Bergson. Lo que está de por medio en dicho contraste es cómo nos relacionamos con los distintos retos que la violencia y la tecnología representan, en la sociedad contemporánea, para nuestra vida individual y colectiva.

Podríamos empezar, sin embargo, por señalar brevemente que ambas “teologías del tiempo”, como he propuesto llamarlas aquí (es decir, la de la tríada de Weimar, por un lado, y la de Bergson, por otro), tienen un enemigo en común, a saber: una concepción del tiempo como algo lineal, secuencial y legible. En otras palabras, ambas se oponen a una idea del tiempo como el portador de un sentido progresivo que, además, los seres humanos somos plenamente capaces de interpretar (p. 113).¹ En cambio, en todos estos autores encontramos la idea del tiempo como lo inefable, aquello ante lo cual el análisis y la razón abstracta son impotentes, y en donde no hay lugar para teleologías ni determinismos históricos (pp. 5, 144). Es por eso que el presente, para Jünger, está “siempre inherentemente diferido” (p. 79) o, siguiendo a Bloch y a Benjamin, es un “punto ciego” que se nos escapa inevitablemente (pp. 98-99, 140). Para todos ellos, el tiempo representa un horizonte que expone los límites humanos. Es, en efecto, el punto de contacto con la transcendencia en una era supuestamente secular.

A la par de estas similitudes, el “instantaneísmo” y la “duración” (*durée*) bergsoniana presentan experiencias de la temporalidad, desde cierta perspectiva, diametralmente opuestas. El primero se enfoca en la experiencia de ruptura, en la fragmentación, en lo repentino del instante. Da cuenta de una nueva forma de experimentar el tiempo que, si bien, como muestra Beck, forma parte de una tradición que es posible rastrear hasta el romanticismo alemán, es novedosa en la medida en que se centra en la discontinuidad como *la* verdad profunda de nuestra dimensión temporal. La *durée* de Bergson, en cambio, plantea que la temporalidad real es aquella del flujo continuo, irreductible a instantes discretos, el movimiento sin cesar de la conciencia que no admite interrupciones ni cortes.

¹ Desde luego, existen diferencias entre los autores de la tríada, las cuales Beck explora a profundidad. Por cuestiones de espacio, en este texto no puedo detenerme en ellas.

Esta diferencia se refleja, por ejemplo, en la apreciación que cada postura tiene sobre la fotografía y sus alcances para representar la realidad. Como explica Beck, en la tríada de Weimar encontramos una apreciación seria de las capacidades, podríamos decir casi místicas, de la fotografía y del cine para capturar aquello que se nos escapa. Para ellos, es como si la fotografía extrajera el tiempo y lo trasladara al espacio, indicándonos así la cara de una temporalidad irremediamente en fuga. Como dice Benjamin, la temporalidad auténtica “está caracterizada por la introducción de categorías gráficas, espaciales, que dan cuenta de la primacía de la simultaneidad instantánea sobre la continuidad secuencial” (citado en Beck, p. 139, mi traducción).

En cambio, Bergson utiliza la fotografía como metáfora para explicar la confusión que solemos tener respecto a la realidad: para él, la fotografía es un intento por inmovilizar, por atrapar, aquello caracterizado por el movimiento y el cambio, es el intento por traducir al espacio aquello que solo puede existir en el tiempo. Célebremente, Bergson se mostraba ambivalente respecto al cine justo en esos términos: la película nos ofrece una parodia del movimiento a través de la reconstrucción visual de distintos cuadros estáticos, pero, en realidad, lo espacial y lo temporal existen en planos distintos, y lo interior no puede traducirse al lenguaje de lo exterior sin detrimento de aquello que le es propio (Ó Maoilearca, 2024).

¿Cómo se explican esos contrastes? Y más importante aún, ¿qué se juega en este “debate teológico-político” sobre el tiempo? ¿Qué nos dice de una época la manera en la que esta organiza e interpreta su experiencia de la temporalidad? Una forma de entender el contraste entre el instantaneísmo y la duración bergsoniana es voltear hacia sus respectivos orígenes. Tal y como explica Beck, el primero nace del terremoto social y político de la guerra, el cambio tecnológico y el surgimiento del fascismo (p. 158). La segunda, en cambio, concebida originalmente en las obras seminales de Bergson durante la última década del siglo XIX, surge del encuentro del autor con la ciencia: primero, con la psicología experimental y, más adelante, con la física (Canales, 2015).

Esto marca una diferencia muy importante. Para decirlo rápido (e incurriendo en reduccionismos que un formato más extenso quizá nos permitiría evitar), podríamos decir que la *durée* bergsoniana nace de su encuentro con el laboratorio, mientras que el instantaneísmo lo hace de su experiencia en las trincheras. El laboratorio es el símbolo de la posibilidad (y la ilusión) humana de control: representa el ejercicio de una agencia humana segura de su poder y su capacidad. Por su parte, las trincheras (y la metrópoli del periodo de entreguerras, tal y como está presente en la obra de estos autores) fueron testigos de la impotencia humana, del caos, del descontrol, del vértigo y de la fragmentación.


Frente a la experiencia del laboratorio, la *durée* bergsoniana es el núcleo de un proyecto dedicado a denunciar la *hubris* científica de finales del siglo XIX. Es el

mantra bergsoniano en contra de una ciencia reificante, que se cree capaz de capturar la conciencia humana y el tiempo a través de experimentos y mediciones. Es también la invitación a habitar plenamente nuestra dimensión temporal, aquello que inevitablemente escapa a una traducción conceptual. La metafísica bergsoniana es, así, la promesa de que es posible conocer lo inefable.

Por su parte, el instantaneísmo es, siguiendo a Beck, un arma de defensa ante el desafío existencial de la experiencia inhumana de la guerra, la cual busca dar cuenta del silencio en el que fueron sumergidos muchos de sus sobrevivientes. Podríamos añadir, tal vez, que es una estrategia epistémica y política ante el conflicto: tal y como el *deus absconditus* hobbesiano —aquel del que no es posible decir nada, puesto que es incognoscible para la razón humana— está indiscutiblemente relacionado con la violencia de la Guerra Civil inglesa, la “oscuridad del momento vivido” de Bloch, o el “punto ciego” de la experiencia en Bloch y Benjamin —no se diga ya la epifanía secular del instante violento en Jünger— están vinculados a la experiencia devastadora (*shattering*, pp. 71, 121, 139) de la Primera Guerra Mundial. Por eso, como lo muestra Beck en su libro, el instantaneísmo ofrece una prueba de que es humanamente posible responder de manera creativa ante la destrucción.

Desde luego, sería ingenuo pensar que es posible “elegir” entre estas dos interpretaciones, como si fuera una “cuestión de preferencias” qué tratamiento es más adecuado o pertinente para entender la temporalidad. Más bien, lo que me gustaría plantear es la importancia de una reflexión acerca de los recursos heurísticos que cada “teología política” nos brinda para interpretar el mundo y a nosotros mismos. Hoy en día, son posibles (y necesarias) las experiencias de empoderamiento y confianza que, en mi opinión, caracterizan el flujo de la duración bergsoniana. Al mismo tiempo, abundan (y de manera creciente) las experiencias de desconcierto y desamparo que marcan la “fenomenología de lo repentino” (p. 78) que heredamos de la experiencia de entreguerras. Si pensamos que cada una de las teologías del tiempo nos proveen de una brújula para navegar los horizontes temporales a los que nos enfrentamos, haríamos mal en no atesorar sus respectivas lecciones.

Ante la automatización de un mundo en el que la inteligencia y la comunicación artificiales ganan terreno, la duración bergsoniana nos recuerda el carácter inevitablemente durable de una existencia que se empeña en someterse a la tiranía de la inmediatez: el *soundbite*, los 280 caracteres, el video de 60 segundos. Por otro lado, en la “era de la inseguridad” (Taylor, 2023) —es decir, una época en donde la experiencia humana está profundamente marcada por la precariedad climática, financiera, alimenticia, entre otras—, los recursos del instantaneísmo podrían dotarnos de modelos creativos ante la destrucción y el desempoderamiento orquestados desde las estructuras de poder económico y político.

En cualquier caso, *The Moment of Rupture* muestra que pensar sobre el tiempo es reflexionar, en el fondo, sobre la agencia humana —sus fantasías y limitaciones— y sobre las posibilidades que tenemos para interpretar y (re)construir el mundo que habitamos. 

REFERENCIAS

- Beck, Humberto (2019), *The Moment of Rupture: Historical Consciousness in Interwar German Thought*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- Canales, Jimena (2015), *The Physicist & the Philosopher: Einstein, Bergson, and the Debate That Changed Our Understanding of Time*, Princeton, Princeton University Press.
- Ó Maoilearca, John (2016), “The Cinematic Bergson: From Virtual Image to Actual Gesture”, *Journal of French and Francophone Philosophy: Revue de la philosophie française et de langue française*, 24(2), pp. 203-220.
- Taylor, Astra (2023), *The Age of Insecurity: Coming Together as Things Fall Apart*, Toronto, House of Anansi Press Inc.